

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

REFLEXIÓN PASTORAL

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL

PROFESOR JOSÉ VALENTÍN

LOS REQUISITOS DEL CURSO HOMILÉTICA

POR

GÉNESIS MONTAÑEZ RAMOS

SAINT JUST, P. R.

15 DE NOVIEMBRE DE 2025

Cuando Dios me llamó a ser superintendente en mi iglesia, yo me encontraba en una etapa donde mis luchas internas parecían más grandes que mis fuerzas. Nunca olvidaré ese momento. Fue como la experiencia de Moisés frente a la zarza ardiente: Dios hablándole, pero el corazón lleno de dudas. Así mismo me sentí yo. Sabía que Él me estaba llamando, pero no entendía por qué me escogía si dentro de mí todavía había batallas sin resolver. En ese proceso descubrí algo importante: Dios no espera a que uno sea perfecto para llamarlo, sino que nos llama para perfeccionarnos en el camino. Ese llamado se convirtió en una historia viva, parecida a la de Gedeón escondido en el lagar. Él no se veía capaz, y yo tampoco. Pero Dios sí veía algo que ni Gedeón ni yo veíamos en nosotras mismas. A través de esta experiencia, aprendí que el liderazgo ministerial no es una posición, sino un proceso donde Dios forma el carácter a través de momentos reales, diálogos internos, lágrimas silenciosas y victorias que solo Él conoce. Durante estos dos años, he vivido escenas que han marcado mi caminar. Recuerdo ocasiones donde, después de ministrar o dar una palabra, una persona se acercaba con lágrimas diciendo: “Eso era lo que necesitaba hoy”. En ese instante yo entendía que, aunque me sintiera insuficiente, Dios estaba usando mi vida como instrumento. Tal como Jesús usaba parábolas para llegar al corazón de las personas, Dios utilizaba mis experiencias para conectar con quienes estaban heridos, confundidos o necesitados de esperanza. Claro, no todo ha sido sencillo. En esta narrativa de mi servicio también existen capítulos difíciles: críticas, incomprendiones, decisiones duras y momentos donde sentí que cargaba más de lo que podía soportar. Pero cada escena me enseñó a depender más de Dios y menos de mis emociones. Aprendí a ver las situaciones desde los ojos del Maestro y no desde mi perspectiva humana. Entendí que cada desafío era parte del guión que Dios estaba usando para formar en mí paciencia, sabiduría y madurez espiritual. Hoy puedo decir que ser superintendente ha sido uno de los procesos más hermosos de mi vida. No porque haya sido fácil, sino porque ha revelado la gracia de Dios en cada paso. He aprendido que servir es un privilegio y que cada acto de obediencia, por pequeño que parezca, se convierte en una semilla eterna. Esta experiencia ha moldeado mi vida ministerial y me ha hecho

comprender que Dios escribe historias usando personas imperfectas, pero dispuestas. Mi llamado es parte de una narrativa donde Dios es el autor. Y mientras Él siga escribiendo, yo seguiré caminando confiada en que cada capítulo me acerca más al propósito que tiene para mí.